

APUNTES SOBRE UNA INTERPRETACION DE LA REALIDAD PUERTORRIQUEÑA*

GERVASIO GARCÍA**

En manos de un estudiante o de un obrero —a quienes la injusticia del servicio militar obligatorio o del desempleo los enfrenta al colonialismo imperante— el libro de Maldonado Denis es muy útil. Fundamentalmente, porque el autor ha recogido diligentemente las municiones dispersas del debate secular contra el colonialismo español y el norteamericano —las que de otro modo habrían permanecido inservibles, mohosas u olvidadas en conferencias pesadas, en artículos que sólo circularon entre los especialistas o en viejas discusiones de los grupos de siempre. El libro es, por tanto, un rico polvorín de datos, experiencias e ideas vertidas por los que han participado, acertada o equivocadamente, en nuestras luchas libertarias. Hoy, cuando nuestra cultura vuelve a ser amenazada y cuando la explotación de nuestros obreros adquiere nuevas formas, nada más útil para los que ignoran el origen político de estos males que este nuevo prontuario de historia puertorriqueña.

Sin embargo, *Puerto Rico: una interpretación histórico-social* no añade ningún arma nueva al arsenal ideológico e intelectual de la lucha independentista y de la historiografía puertorriqueñas. Y esa es su principal debilidad, hija de la naturaleza misma del trabajo y del particular concepto analítico e histórico que lo anima. Por un lado, el libro de Maldonado Denis no es el fruto de una investigación de fuentes primarias y, por consiguiente, no arroja nueva luz documental sobre unos acontecimientos ya conocidos. Por otro lado, el eje de su análisis es tradicional, pues consiste en mostrar la lucha por lo alto entre "las fuerzas adictas al sistema colonial imperante y las fuerzas contrarias a dicho sistema". Además, el autor concibe la historia como un tribunal, pues se traza como uno de los objetivos del libro señalar

* Tomado de LA ESCALERA (Apdo. 22576, UPR, Río Piedras, P. R., 00931), vol. IV, núm. 1, jun. 1970.

** Profesor de Historia de la Universidad de Puerto Rico.

"las pertinentes responsabilidades históricas". Este es un concepto de la historia que limita la comprensión de nuestro pasado. Veamos por qué.

Historia de personalidades

En primer lugar, porque es un concepto que exagera el papel del individuo en la historia. Contrario a lo que se propone Maldonado Denis, su explicación histórica gira en torno a las personalidades más conspicuas y no en torno a lo que el propio autor llama "fuerzas" (lo que implica un marco más amplio de factores históricos). Por eso su relato sufre las oscilaciones cíclicas de la vida política o de la vida física de nuestros patriotas: muere Betances, surge Matienzo; muere Matienzo y despunta De Diego; muere De Diego, decae la lucha; irrumpe Albizu en escena, crece la ola patriótica; encarcelan a Albizu, baja la marea, etc.

No es accidental, pues, que falte en el análisis de Maldonado Denis una explicación del autonomismo y del liberalismo reformistas del siglo XIX. En vez de dar razón de las causas del derrotero errático de nuestros liberales de antaño, el autor se limita a anotar los efectos: el liberal opta por luchar "desde adentro", tiene una "acerada capacidad... para soportar... los mayores vejámenes", "es uno de los más fecundos forjadores de ilusiones", "incapacitados... para ver que un sistema viciado en su raíz no era susceptible de reformas desde adentro" y, finalmente, el liberalismo "flota en una atmósfera sin asideros", se desenvuelve en "el limbo del pensar utópico" y "se mueve en un mundo fantasmagórico". Pero, ¿por qué actúan así estos fantasmas de la noche colonial? Desgraciadamente, el autor no contesta la pregunta. Ahora bien, ¿cómo es posible que estos mismos liberales "incapaces" hayan sido los defensores más resueltos de la abolición de la esclavitud? Indudablemente que en la lucha abolicionista jugaron un papel importante los inteligentes planteamientos de Ruiz Belvis y sus compañeros, pero, históricamente, un sistema de producción no se cambia por otro meramente por las ideas brillantes y justas de quienes lo combaten. Si así fuera, habría bastado una de las proclamas incendiarias de Betances. Por eso debemos buscar la explicación fuera de las buenas o las malas intenciones de los liberales, es decir, en el sistema social y económico de la época y en la situación internacional reinante. Sólo así veremos que la abolición fue posible moral y políticamente cuando fue económicamente posible, cuando el cese de la trata cortó el suministro regular de esclavos y encareció su precio, cuando el trabajo libre, con el que coexistía, se tornó en la relación

dominante de producción, cuando éste demostró que era más productivo, etc. En ese momento, los planteamientos de los liberales abolicionistas cosechaban sus mejores frutos.

Exclusión de amplios sectores

En consecuencia, la explicación histórica que descansa en las ejecutorias relucientes de los grandes personajes excluye la participación en los acontecimientos históricos de otros sectores más amplios de la sociedad. Vemos, por ejemplo, que Maldonado Denis señala, acertada y justamente, que la principal falla de las agrupaciones independentistas ha sido su divorcio de las masas populares. Pero, ¿dónde está la clase obrera y campesina en el análisis del autor? Salvo algunas alusiones a los disparates de Santiago Iglesias y a los errores del Partido Socialista, los trabajadores aparecen, oscuramente, como parte inerte del paisaje social y no como actores del drama histórico. Es decir, los trabajadores aparecen como seres sin historia propia. Claro está, se dirá que la clase obrera no desarrolló una visión y una conducta autónomas de la visión y la conducta de la pequeña burguesía criolla. (Aunque no podemos decir lo mismo de las organizaciones obreras durante sus primeros años).

Pero, ¿justifica esto nuestra ignorancia de esa "triste historia"? ¿No es una de las tareas del historiador hacer, precisamente, la historia de los "sin historia"? De lo contrario nos veríamos forzados a suscribir la tesis de que los patriotas o los "oportunistas y acomodaticios" (adjetivos usados copiosamente por el autor) que han escalado el poder colonial, son unos demiurgos.

¿Quién, si no la clase trabajadora, amasó con su trabajo mal remunerado las inmensas fortunas de la sacarocracia insular y extranjera y sostuvo todo el andamiaje económico de la colonia? ¿Quién, sino los trabajadores, engrosaron las filas de los partidos políticos y eligieron las diferentes burocracias coloniales? Una historia triste, sin lugar a dudas, pero no más triste que la de nuestra pequeña burguesía. Entonces, ¿por qué preferir la historia de los políticos a la de los obreros y los campesinos? En realidad, en el año 1970 después de Jesucristo, debemos conocer ambas historias mucho mejor de lo que conocemos nuestra prehistoria. Y no meramente para señalar "las pertinentes responsabilidades", como sugiere el autor. El concepto de la historia como un tribunal en que se juzga a los buenos (los patriotas) y a los malos (los oportunistas) fue demolido hace un siglo por Marx. Este mostró que los hombres no son enteramente responsables de sus actos

porque ellos mismos son productos de unas condiciones históricas (de índole económica, política, social y espiritual) creadas por otros y que, por tanto, importa más explicar las razones históricas del oportunismo político que conocer el oportunismo a secas.

Por ejemplo, Marx mostró, en *Las luchas de clases en Francia* y en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, que el ascenso al poder de Napoleón III se debió, más que a su oportunismo político (y en esto era un campeón sin rival), a un conjunto de causas entre las que sobresalieron la favorable coyuntura económica y el importante apoyo de la clase campesina francesa. Esta es una lección de historia que debemos aprender. Y no simplemente porque es más científica. En la historia, hasta el oportunismo de un Muñoz Rivera tiene una explicación, así como, también, el anexionismo de nuestras clases dirigentes durante los primeros años del presente siglo.

¿De dónde surge el oportunismo?

Veamos, por ejemplo, el problema del oportunismo, del anexionismo y de la conducta y la ideología incoherentes de la pequeña burguesía norteamericana. El autor recalca el cambio repentino de lealtades de nuestros políticos al llegar los yanquis. Y para destacar su observación ofrece dos citas chocantes y contradictorias de Muñoz Rivera, antes y después de 1898. Y además ofrece tres explicaciones principales: (1) la *élite* colonial, por componerse de profesionales y hombres de negocios, no tenía nada que perder; (2) desconocían la sentencia de Martí: "cambiar de dueño no es ser libre"; y (3) tenían una visión de los Estados Unidos como una potencia generosa. Se trata, por tanto, de un amor a primera vista sin profundas raíces históricas.

Sin embargo, ¿no es posible que estas raíces se hundieran en las décadas que precedieron la invasión del 98? En primer lugar, porque nuestras relaciones con Estados Unidos —y especialmente las relaciones económicas— databan de medio siglo y, según las incompletas balanzas mercantiles que poseemos, se desarrolló un intenso comercio en el que los puertorriqueños intercambiaban su azúcar, cueros, mieles y otros productos menores, por la harina, el arroz y algunas manufacturas norteamericanas. No en balde —si leemos cuidadosamente el Informe de D. Carroll citado por el autor— a fines del siglo XIX el "sueño dorado" (el término es de Carroll) de la clase terrateniente nativa residía en la oportunidad de enviar sus productos al mercado norteamericano. Y un tal Ricardo Nadal, de Mayagüez, confesaba cándidamente: "Refiriéndome otra vez a la industria azucarera —éste

ha sido el factor determinante a favor de la anexión a los Estados Unidos. Existe la certeza en la mente de los puertorriqueños que su azúcar no pagaría ningún impuesto al entrar a los Estados Unidos... y esta visión del asunto ha contribuido mucho a despertar el interés a favor de la anexión..." (pág. 68).

Dado que las relaciones económicas con Estados Unidos no comenzaron en 1898, es válido pensar que el sentimiento anexionista tal vez tenía abolengo en Puerto Rico. ¿No admitió el mismo Betances que tanto el movimiento libertador puertorriqueño como el cubano albergaron algunas corrientes anexionistas en sus orígenes? Esto no desmerece un milímetro la figura de los patriotas del siglo XIX. Sencillamente muestra que a mediados del siglo XIX nuestra conciencia nacional estaba muy poco desarrollada, aun en los espíritus más generosos y más revolucionarios. Al llegar los yanquis en 1898, Betances expresa una ideología nacionalista y antiimperialista claramente definida. Pero su clase no. La pequeña burguesía criolla mostraba entonces un conciencia nacional subdesarrollada (que correspondía a su lento, limitado y accidentado desarrollo económico dentro de las estructuras asfixiantes de la colonia española) que se traducía en el plano político en un autonomismo tímido. Cuando llegan los americanos, no puede mostrar una profunda conciencia nacional, porque no la tenía. Y de ahí el repentino y chocante cambio de lealtades. ¿Que algunos lo hicieron por oportunismo? Indudablemente. Pero cuando toda una clase y la sociedad entera aceptan de buen grado, o no oponen resistencia al cambio, es preciso que busquemos la explicación del fenómeno más allá de las pequeñeces o las mezquindades individuales de Muñoz Rivera o de Barbosa.

Lo mismo podemos decir ante la conducta de Matienzo Cintrón, De Diego, Zeno Gandía, y otros, durante los primeros años de la dominación. ¿Es que podemos achacar al oportunismo (algo que Maldonado Denis no hace, claro está) la trayectoria errática de un Matienzo Cintrón que, al igual que Muñoz Rivera, expresa su lealtad a España y luego a los Estados Unidos, y que del anexionismo pasa por el autonomismo para terminar creando un Partido de la Independencia? Nos parece más legítimo buscar la explicación en la dificultad de la pequeña burguesía de resolver felizmente la profunda contradicción en que estaba sumida: por un lado, esta pequeña burguesía deseaba el favor y los votos de los trabajadores, pero a la vez temía sus reivindicaciones; defendía la anexión a Estados Unidos para asegurar la venta de sus productos agrícolas, pero a la vez temía y sufría la formidable competencia del capitalismo norteamericano y su creciente acaparamiento de la tierra. Y para resolver este dilema optó por la cooperación

con el régimen como un intento de ganar, a través de reformas y votos de lealtad, lo que temía perder en una lucha frontal contra el poderío norteamericano. Un hombre alerta, como Matienzo, pudo salvar, parcialmente y al final de su vida, el terrible dilema, mientras que sus compañeros de generación mostraron una conducta y una ideología vacilantes e incoherentes.

La asimilación cultural

Por otro lado, no estamos de acuerdo con los fines que el autor atribuye al colonialismo en Puerto Rico. Al respecto, Maldonado Denis afirma que "...el logro de la asimilación... la pérdida de la identidad de un pueblo al fundirse en otro más fuerte y subyugador, será no meramente el principio de toda política colonialista, sino también su fin o propósito, no sólo su punto de partida sino también su punto de llegada". (En realidad, una afirmación que contradice los capítulos que el autor dedica a la economía colonial de Puerto Rico). La historia del colonialismo moderno y contemporáneo en América y África muestra todo lo contrario. El fin del colonialismo es esencialmente (aunque no exclusivamente) económico, y a veces recurre a una política sistemática de asimilación cultural para facilitar la explotación de los recursos naturales, la fuerza de trabajo y el mercado de los pueblos dominados. Si la asimilación cultural fuera el fin primordial de las potencias imperialistas, ¿por qué decidieron colonizar el continente americano antes que África, cuando ésta estaba a un paso de sus capitales? ¿No es curioso observar que el continente africano permaneció "en reserva" por tres siglos y medio y que del África sólo se conocieran sus costas hasta la segunda mitad del siglo XIX? En realidad, los europeos descubren las tierras de América, equivocadamente, porque iban en busca de una ruta que facilitara el comercio de productos y metales preciosos del Oriente. Y cuando encuentran los fabulosos yacimientos auríferos americanos, detienen la exploración del continente africano que los portugueses habían iniciado muchos años antes; a partir de esa fecha los europeos mantienen sus contactos en el litoral africano principalmente en función del comercio y del tráfico negrero tan necesario a sus explotaciones mineras y azucareras del continente americano. Una vez independizadas las colonias españolas e inglesas en América, y agotados los depósitos mineros, los europeos vuelven sus ojos al África negra. Y lo que comenzó con las aventuras del Dr. Livingston y del periodista Stanley, y la "misión civilizadora" del rey Leopoldo de Bélgica, termina en la exploración y en la explotación

económica de todo el continente. Mas no con el fin de asimilarlos culturalmente sino con el fin de extraer el hierro, el carbón, la bauxita y otros ricos recursos naturales del subsuelo africano. Pero ¿no es cierto que los ingleses trataron de crear una réplica de su sociedad en varias regiones africanas y que hasta hoy vemos el espectáculo grotesco de ciudadanos negros utilizando pelucas blancas, a la usanza inglesa, en las cortes de justicia? Cierto, muy cierto. Pero esa es una manifestación secundaria (aunque importante y dolorosa, claro está) del fenómeno colonial.

Las naciones colonizadoras han intentado imponer su cultura en Puerto Rico, en Africa, etc., con el fin de impedir el desarrollo de una cultura autóctona, es decir, de un pensamiento independiente que origine en los colonizados una mayor conciencia de su propia capacidad para ser libres, espiritual y materialmente. Pero el arma cultural no es el fin último de la colonización sino un medio para perpetuar el dominio económico. Por otra parte, el desarrollo reciente del neocolonialismo en Africa muestra que los países colonizadores están dispuestos a aflojar todos sus dominios directos (el político, el cultural y el social), menos el económico. Por tanto, el dominio económico colonial no puede coexistir, dentro de unos límites amplios, con las culturas autóctonas. Actualmente, a los capitalistas británicos importa un pito que el negro de Kenya tome el té vespertino o que tenga un alma de Gunga Din o que, por el contrario, conserve sus costumbres tribales. Lo que les importa verdaderamente es que consuma sus productos y que permita la mejor explotación de sus recursos humanos y naturales. Esto no significa que las grandes naciones han renunciado al arma cultural. En verdad, el dominio económico neocolonial es siempre una puerta abierta al poder de atracción cultural de las naciones más desarrolladas. Pero, ya como imposición brutal bajo el colonialismo clásico, ya como penetración sutil bajo el neocolonialismo el arma cultural es un instrumento de dominación y no un fin en sí.

La situación de los negros

Ahora bien, esta equivocación desemboca en otra igualmente seria. Esta vez el autor, al describir la situación de los negros en los Estados Unidos, suscribe la tesis de que éstos sufren un "colonialismo interno", fenómeno que los hermana a los puertorriqueños en Puerto Rico. Y de ahí que Maldonado Denis asemeje el significado del *Uncle Tom* al de *pitiyanqui*.¹ En primer lugar, como señalamos anteriormente, la

¹ Deformación puertorriqueña de *pettit yankee*.

palabra colonialismo tiene un significado particular y preciso. Es decir, actualmente utilizamos la palabra colonialismo para describir el dominio económico (con sus secuelas políticas, culturales y sociales) que un país o una economía establece sobre otra. Este fenómeno puede producirse aun dentro de un mismo país, de ahí que algunas economistas utilicen la palabra para describir las relaciones económicas entre el Norte industrial y el Sur agrario de los Estados Unidos durante el siglo XIX (Cf. el capítulo "Monopoly Capitalism and Racial Relations", en Paul A. Baran y Paul M. Sweezy, *Monopoly Capital*). Pero uno no llama colonialismo a la relación entre el gran señor de plantación y el negro esclavo. Eso es esclavitud. De la misma manera, uno no tilda de colonialismo a la relación entre un gran industrial y un asalariado explotado. Eso es capitalismo. Los antepasados de los negros americanos fueron arrancados del continente africano y traídos a los Estados sureños para trabajar en las plantaciones, es decir, llegaron como mano de obra importada a la brava. Pero esos negros nunca formaron una nación; con una economía propia, dentro de la nación norteamericana. Su posición social y política y el papel económico que les tocó jugar en el sistema económico de la época, los determinó la relación de producción imperante en el sur, primero esclavista y luego capitalista.

Por otro lado, ver el problema negro en los Estados Unidos como un fenómeno esencialmente cultural y racial es el error fundamental de la tesis original del "poder negro", que siempre careció de una teoría económica y social. La práctica ha probado que poco importa que el "poder" de la comunidad lo presida un negro si éste comparte los valores domésticos y apuntala con su acción el sistema capitalista imperante, que históricamente ha explotado por igual a blancos, negros y amarillos. Es significativo ver hoy que los grupos más revolucionarios, como los Panteras Negras, han abandonado los planteamientos originales del *black power* y conciben una alianza real entre blancos y negros contra el enemigo común, el capitalismo norteamericano, y no contra el blanquito del barrio, como errónea e irracionalmente creyeron algunos.

Diferencias importantes

Es preciso, pues, que diferenciamos claramente entre discriminación racial y cultural, explotación capitalista y dominio colonial. Y aunque es cierto que históricamente pueden darse simultáneamente, su significado y su contenido son distintos. El caso de Puerto Rico es muy

elocuente al respecto: aquí se practica una discriminación racial velada, sufrimos la explotación capitalista y padecemos el dominio colonial. Compartimos la primera y la segunda con los negros de los Estados Unidos. Pero no podemos decir lo mismo en cuanto al dominio colonial. Por eso nos parece muy forzada la analogía entre el *Uncle Tom* y el *pitiyanqui*. El *Uncle Tom* es el negro que se somete en cuerpo y alma al blanco paternalista, mientras que el *pitiyanqui* es el puertorriqueño blanco, negro o mulato, que se somete al yanqui invasor. En Puerto Rico nadie le dice *pitiyanqui* al obrero negro que acepta mansamente las condiciones de trabajo que impone el blanco Alfonso Valdez o que se solidariza con los valores sociales de la blanquísima familia Ferré. Pero sí decimos *pitiyanqui*, sin distinción de colores o tonalidades, a los que se identifican y dan hasta el cuello por la Gran Nación, a los que le entregan nuestras minas a las compañías yanquis, etc. Es decir, la primera palabra tiene un contenido racial mientras que la segunda posee una connotación política, colonial.

Implicaciones prácticas serias

Ahora bien, los planteamientos teóricos criticados anteriormente (la exageración del papel del individuo en la historia, la concepción de la historia como un tribunal y la confusión sobre los fines del colonialismo) tienen implicaciones prácticas serias. En primer lugar, cuando uno atribuye al individuo un papel exagerado en la historia pasada, uno también está tentado a hacerlo en la historia presente. Al comparar las causas del fracaso inmediato de la Revolución de Lares con la prolongada guerra del 68 en Cuba, Maldonado Denis afirma que la abolición de la esclavitud decretada por los revolucionarios puertorriqueños no arrastró consigo a los negros esclavos porque "quizá faltó un líder como Maceo y algunos otros generales mambises que podían —*siendo negros*— servir como puntos de identificación y de solidaridad entre la población." (*Bastardillas nuestras*). Y si Mari Bras² fuera mulato, atraería a la revolución a la mayor parte de los puertorriqueños? Maldonado Denis no lo dice, pero tampoco toma ninguna precaución para que el lector no llegue, equivocadamente, a una conclusión semejante.

Los que están verdaderamente enfrascados en la lucha por la independencia y por la transformación radical de nuestra sociedad saben muy bien que la dura y larga tarea de ganar el apoyo del pueblo no

² Juan Mari Bras: Secretario General del Movimiento Pro Independencia de Puerto Rico.

depende del color de los militantes sino de sus capacidades para lograr que las desgracias y las protestas individuales de los explotados se conviertan en una conciencia social y política más amplia y revolucionaria. Por otro lado, es justo reconocer que el líder siempre juega un papel clave en las luchas sociales y políticas. Pero no es un sustituto del esfuerzo colectivo de los que organizan a los obreros, de los que preparan, junto a los campesinos de Utuado y Adjuntas,³ la resistencia contra los consorcios yanquis, de los que combaten la ideología enemiga desde el periódico del movimiento, etc. Sin este apoyo colectivo, el líder es tan inútil como una lengua sin manos.

La historia como tribunal

En segundo lugar, la concepción de la historia como un tribunal en que se juzga a los patriotas y a los oportunistas frecuentemente sustituye el epíteto por el análisis. Claro está, si la explicación histórica gira en torno a las personalidades prominentes (principio y fin de todos los conflictos) no es accidental que tarde o temprano todo se reduzca a un conflicto moral. Así, por ejemplo, la historiografía independentista cuenta con el precedente del libro de Corretjer, *La lucha por la independencia de Puerto Rico*, en el que el autor intenta demostrar que nuestra historia contemporánea ha sido obra de los traidores. Maldonado Denis no llega a tal extremo, pero a menudo recurre al adjetivo fácil en vez de ofrecernos un análisis riguroso del fenómeno histórico aludido. Por ejemplo, en lugar de darnos una explicación interesante de los orígenes de la paradójica plataforma política aprobada en 1904 por el Partido Unionista (lo que implicaría el análisis de su composición social, de los intereses contradictorios de los azucareros y los cafetaleros, de la posición del sector profesional ante el nuevo gobierno colonial, etc.) el autor despacha el problema afirmando que en el Partido Unionista "...el oportunismo político mezclaba las tres fórmulas de estadidad, independencia y autonomía" (*Bastardillas nuestras*). Este es un pobre ejemplo analítico para los puertorriqueños o los militantes independentistas que tienen que enfrentar diariamente una realidad social y política profundamente compleja, contradictoria y en constante transformación. Además, en el pasado, tales simplificaciones fueron responsables de toda una retórica hueca (expresada tanto en la tribuna como en la prensa independentista), que salía del paso y despachaba al enemigo con una descarga de "abajo el imperialismo",

³ Zona cuprífera de Puerto Rico.

“traidores”, “agentes de la C.I.A.”, etc., la que ahuyentó a muchos simpatizantes —más por la vacuidad de los planteamientos que por su estridencia. En fin, no se trata de reprochar al autor el placer de llamar al pan pan y a Muñoz Marín traidor, sino de sugerirle que sus juicios políticos y su adjetivos duros sean precedidos de una explicación amplia y profunda.

Una república mediatizada

-Por último, creer que la asimilación cultural es el fin primordial del dominio colonial encierra el peligro de que algún día, tal vez no lejano, nos conformemos con una república mediatizada. Y entonces el imperialismo, con el fin de impedir una lucha sangrienta y prolongada y de evitar la pérdida definitiva de su agarre económico, no pondrá traba alguna al cultivo de nuestra lengua y a la celebración de nuestros homenajes a la puertorriqueñidad... mientras la Ponce Mining, la Phillips, Sears y otros, continúan explotando nuestros minerales, nuestros obreros y nuestro mercado. Se perpetuaría así la pobreza, la injusticia social y el privilegio económico y, por tanto, la cultura puertorriqueña continuaría siendo el patrimonio de una minoría y no de todo el pueblo. Importa pues —sobre todo para los que quieren trocar el conocimiento del colonialismo en una acción política eficaz— definir claramente hoy la república que vamos a construir mañana.

Un buen libro

En resumidas cuentas, a pesar de las objeciones señaladas anteriormente, creemos que Maldonado Denis ha publicado un buen libro de difusión que servirá para popularizar la historia política y económica del colonialismo en Puerto Rico. Desgraciadamente, en vista del precario estado de nuestra historiografía, la meta ambiciosa del autor, de reinterpretar cuatro siglos de historia, tenía que tropezar con sus lagunas y reflejar sus imprecisiones. En consecuencia, deseamos que su próxima publicación sea un trabajo de erudición en el que sus juicios políticos se apoyen en una investigación original sólida. Esa será su mejor contribución a la historiografía puertorriqueña y a la lucha por la independencia de Puerto Rico.